

El reto de la interculturalidad

Juan Ansión

Cultura e interculturalidad¹

Las identidades culturales no son entes metafísicas, son construcciones sociales, históricas. Las culturas no son entidades corpóreas que pudieran o no mezclarse para dar lugar a un "mestizaje cultural". Los antropólogos hemos utilizado frecuentemente esta última expresión para intentar dar cuenta de la complejidad del problema, pero esta metáfora a la postre dificultó la comprensión, en lugar de facilitarla.

Las culturas *no son cosas*, pertenecen al *mundo interno* de las personas. Una cultura es *un conjunto de formas acostumbradas y compartidas de ver el mundo, de hacer las cosas, de resolver problemas, de relacionarse con los demás, con la naturaleza y con uno mismo*. Es una manera de ver y conocer el mundo, si por conocer no entendemos solamente la relación con el mundo mediante nuestro intelecto, sino también

a través de nuestros afectos, nuestro sentido ético y estético y, en general, todo nuestro cuerpo.

Si compartimos con otros determinados hábitos y códigos culturales, es porque los hemos ido incorporando en nuestra socialización y vamos comprobando su utilidad para movernos en nuestro mundo, en nuestras relaciones sociales diarias. No hablo de utilidad en un sentido restringido: el solo hecho de reconocer en el otro maneras a veces muy sutiles de expresarse (un gesto, una entonación de la voz...) nos sirve para ubicarnos con respecto a él, reconociendo lo que compartimos y lo que nos diferencia. Diremos que pertenecemos a una misma cultura si "nos entendemos" sin mayores dificultades, si reaccionamos de modo básicamente similar frente a los problemas, si compartimos hábitos comunes que nos parecen "naturales".

Vista de esta manera, la interculturalidad deja de ser el producto del choque entre culturas entendidas como unidades más o menos monolíticas. Aunque evidentemente las culturas se manifiestan en forma visible, su origen no está en el mundo externo, sino en el mundo subjetivo de las personas. *La interculturalidad podría entonces entenderse como la situación vivida por las personas que están en contacto permanente e intenso con ámbitos de influencia cultural muy distintos, situación que genera en su mundo interno un proceso complejo de acomodo, incorporación, integración, etc., de las formas de pensar, de sentir, de actuar, que provienen de estos horizontes diversos.*



¹ Extraído de: Ansión, Juan, "La interculturalidad como proyecto moderno", Páginas N° 129, Lima, 1994.

No se trata evidentemente de un simple contacto entre elementos de culturas distintas. La interculturalidad así definida crea inevitablemente mucha tensión en los individuos, porque, en la busca de dar cierta coherencia recreando los elementos asimilados de diversas partes, no sólo están en juego los contenidos, sino también las propias formas de integrar e incorporar. Mientras, por ejemplo, en el sincretismo andino colonial, la antigua lógica andina de asimilación de elementos externos no sólo no desaparece sino encuentra un extraordinario campo de aplicación, la situación moderna de interculturalidad ligada a las grandes migraciones empieza a poner en cuestión lo que podríamos llamar el núcleo estructurante de las culturas tradicionales, es decir las formas mismas de asimilación y de articulación.

■ **Interculturalidad como situación de hecho o como principio normativo²**

La diversidad cultural y la interculturalidad como situación de hecho

La diversidad cultural se presenta en espacios definidos donde coexisten grupos humanos con tradiciones culturales diferentes. Por tal razón, no entenderemos por diversidad cultural la existencia de influencias lejanas, como pudieron ser la adopción de los fideos o de los molinos de viento asiáticos en Europa. En cambio, los contactos frecuentes entre mercaderes y toda clase de viajeros en torno al mediterráneo, por la densidad de estas relaciones, constituyeron espacios importantes de diversidad cultural que generaron relaciones intensivas entre culturas o *relaciones interculturales de hecho*, esto es, *relaciones en las cuales, aunque las personas no necesariamente lo quieran ni lo busquen, se ven influenciadas de manera importante por rasgos culturales originados en tradiciones diferentes a la propia*. En este sentido, el mundo andino se ha caracterizado siempre por una gran diversidad cultural.

Ahora bien, puede ser muy variada la actitud frente a la diversidad cultural y a las consiguientes relaciones interculturales en las que uno se encuentra sumergido de hecho. Por ejemplo, es posible que ciertas influencias no sean reconocidas e incluso



La interculturalidad podría entonces entenderse como la situación vivida por las personas que están en contacto permanente e intenso con ámbitos de influencia cultural muy distintos.



sean rechazadas. El reconocimiento, desconocimiento o rechazo de influencias culturales depende, naturalmente, del prestigio que está socialmente asociado a cada uno de los ámbitos culturales. Pensemos cuánto de influencia árabe hay en la cultura hispana, sin que sea generalmente reconocida. Del mismo modo ¿cuánto de influencia andina habrá en la cultura criolla del Perú, aunque no se la quiera admitir? Es de esperar que cada persona tienda a reconocer y valorar dentro de sí misma las influencias culturales de ámbitos que gozan de mayor prestigio. Este proceso es complejo, no unilineal, y depende incluso en parte del contexto en el que se encuentre la persona, pero aquí simplemente interesa señalar que existen influencias que, pese a no ser reconocidas, actúan sin embargo eficazmente en el comportamiento individual o colectivo. Pensemos por ejemplo en la influencia de la lengua materna en la manera de hablar otro idioma: aunque se la quiera negar, esta influencia jamás desaparece por completo.

Esta actitud variada ante influencias culturales, de acuerdo a su prestigio y proveniencia, está íntimamente ligada al contexto de mucha desigualdad social en que se dan generalmente las situaciones de interculturalidad, como es el caso del Perú. Las influencias culturales mutuas no se procesan entonces de manera armoniosa y en un ambiente de respeto mutuo y de diálogo. Es más bien lo contrario que ha venido dándose a lo largo de la historia. Pero ello no significa que no hayan

² Extraído de: Zúñiga, Madeleine y Juan Ansión, Interculturalidad y educación en el Perú, Foro Educativo, Lima, 1997.



Asumir la interculturalidad constituye un importante reto para un proyecto educativo moderno en un mundo en el que la multiplicidad cultural se vuelve cada vez más insoslayable e intensa.



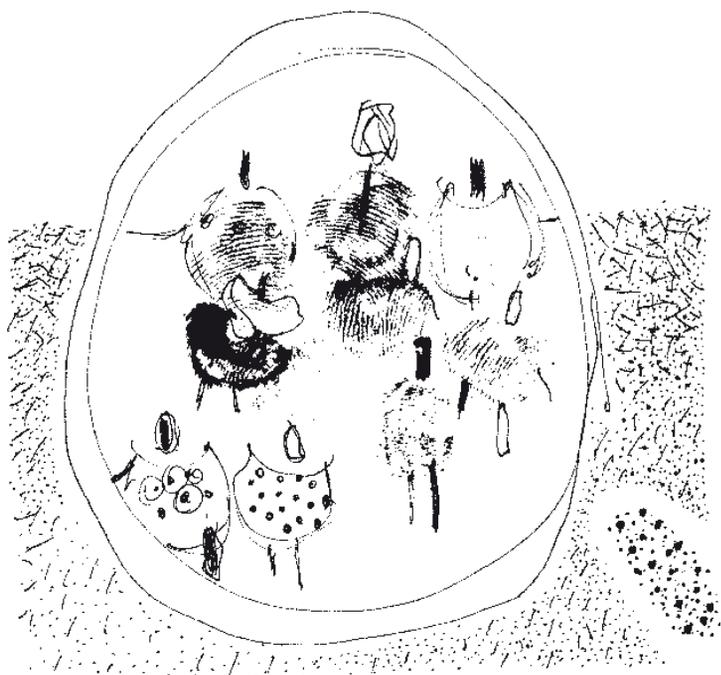
existido estas influencias mutuas (o esta interculturalidad de hecho). Significa, eso sí, que para quienes viven ese proceso es difícil reconocer y asumir plenamente la riqueza potencial que representan recursos culturales generados a través de prolongadas experiencias históricas distintas, y que de pronto se encuentran reunidas y al alcance. Al mismo tiempo, la historia de la humanidad, y en especial también la del Perú, está llena de ejemplos de influencias mutuas que se han producido en medio de relaciones sociales jerarquizadas y de procesos de dominación y explotación. Sólo por tomar ejemplos materiales muy obvios, se puede recordar que Europa se salvó de muchas hambrunas gracias a la papa andina y que la agricultura andina, por su lado, adaptó con mucho éxito el buey y el arado a sus sistemas de producción.

En medio del conflicto y la injusticia de las relaciones sociales, siempre hubo quienes soñaron con convertir las relaciones interculturales existentes de hecho, en un punto de partida para establecer relaciones sociales más justas: la interculturalidad se convierte entonces de una situación de hecho en un principio normativo orientador de cambio social.

La interculturalidad como principio normativo

Más allá de la existencia de hecho de relaciones interculturales, la interculturalidad puede entonces *tomarse como principio normativo*. Entendida de ese modo, la interculturalidad corresponde a la actitud de *asumir positivamente la situación de diversidad cultural en la que uno se encuentra*. Se convierte así en principio orientador de la vivencia personal en el plano individual y en principio rector de los procesos sociales en el plano axiológico social. El asumir la interculturalidad como principio normativo en esos dos aspectos –individual y social– constituye un importante reto para un proyecto educativo moderno en un mundo en el que la multiplicidad cultural se vuelve cada vez más insoslayable e intensa.

En el nivel individual, nos referimos a la actitud de hacer dialogar dentro de uno mismo –y en forma práctica– las diversas influencias culturales a las que podemos estar expuestos, a veces contradictorias entre sí o, por lo menos, no siempre fáciles de armonizar. Esto supone que la persona en situación de interculturalidad, reconoce conscientemente las diversas influencias y valora y aquilata todas. Obviamente, surgen problemas al intentar procesar las múltiples influencias, pero al hacerlo de modo más consciente, tal vez se facilita un proceso que se inicia de todos modos al interior de la persona sin que ésta se dé cabal cuenta de ello. Este diálogo consciente puede darse de muchas formas y no sabemos bien cómo se produce, aunque es visible que personas sometidas a influencias culturales diversas a menudo procesan estas influencias en formas también similares. Por ejemplo, en contraposición a la actitud de desconoci-



miento y rechazo de una vertiente cultural con poco prestigio, actualmente ciertas corrientes ideológicas están desarrollando una actitud similar de rechazo de la vertiente cultural de mayor prestigio. La interculturalidad como principio rector orienta también procesos sociales que intentan construir –sobre la base del reconocimiento del derecho a la diversidad y en franco combate contra todas las formas de discriminación y desigualdad social– relaciones dialógicas y equitativas entre los miembros de universos culturales diferentes. La interculturalidad así concebida, "(...) posee carácter desiderativo; rige el proceso y es a la vez un proceso social no acabado, sino más bien permanente, en el cual debe haber una deliberada intención de relación dialógica, democrática entre los miembros de las culturas involucradas en él y no únicamente la coexistencia o contacto inconsciente entre ellos. Esta sería la condición para que el proceso sea calificado de intercultural". (Zúñiga 1995)

En este sentido, la interculturalidad es fundamental para la construcción de una sociedad democrática, puesto que los actores de las diferentes culturas que por ella se rijan, convendrán en encontrarse, conocerse y comprenderse con miras a cohesionar un proyecto político a largo plazo. En sociedades significativamente marcadas por el conflicto y las relaciones asimétricas de poder entre los miembros de sus diferentes culturas, como es el caso peruano, un principio como el de la interculturalidad cobra todo su sentido y se torna imperativo si se desea una sociedad diferente por ser justa.

El asumir así plenamente la interculturalidad implica confiar en que es posible construir relaciones más racionales entre los seres humanos, respetando sus diferencias. El mundo contemporáneo, cada vez más intercomunicado, es también un mundo cada vez más intercultural –como situación de hecho– en el que sin embargo pocas culturas (y en el límite una sola) disponen de la mayor cantidad de recursos para difundir su prestigio y desarrollarse. Es decir es un mundo intercultural en el que tiende a imponerse una sola voz. La apuesta por la interculturalidad como principio rector se opone

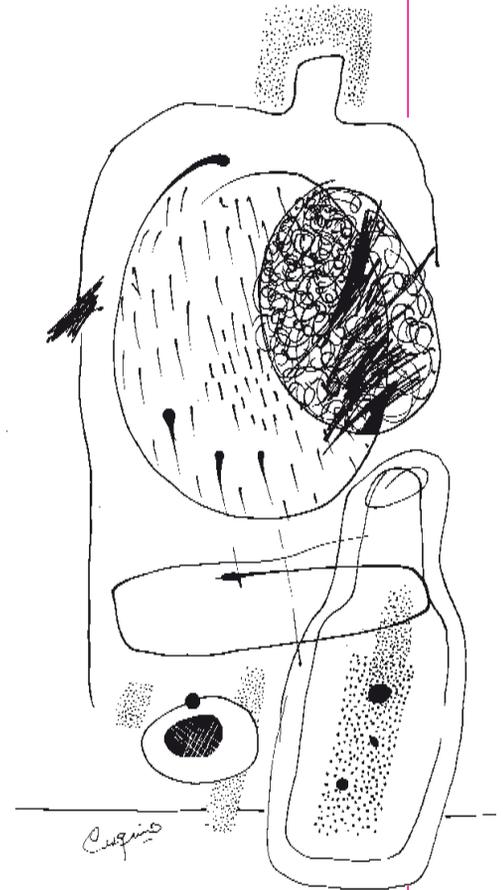
radicalmente a esa tendencia homogenizante, culturalmente empobrecedora. Parte de constatar la interculturalidad de hecho y afirma la inviabilidad a largo plazo de un mundo que no asuma su diversidad cultural como riqueza y como potencial.

■ **El reto del manejo de la diversidad como base para una educación intercultural³**

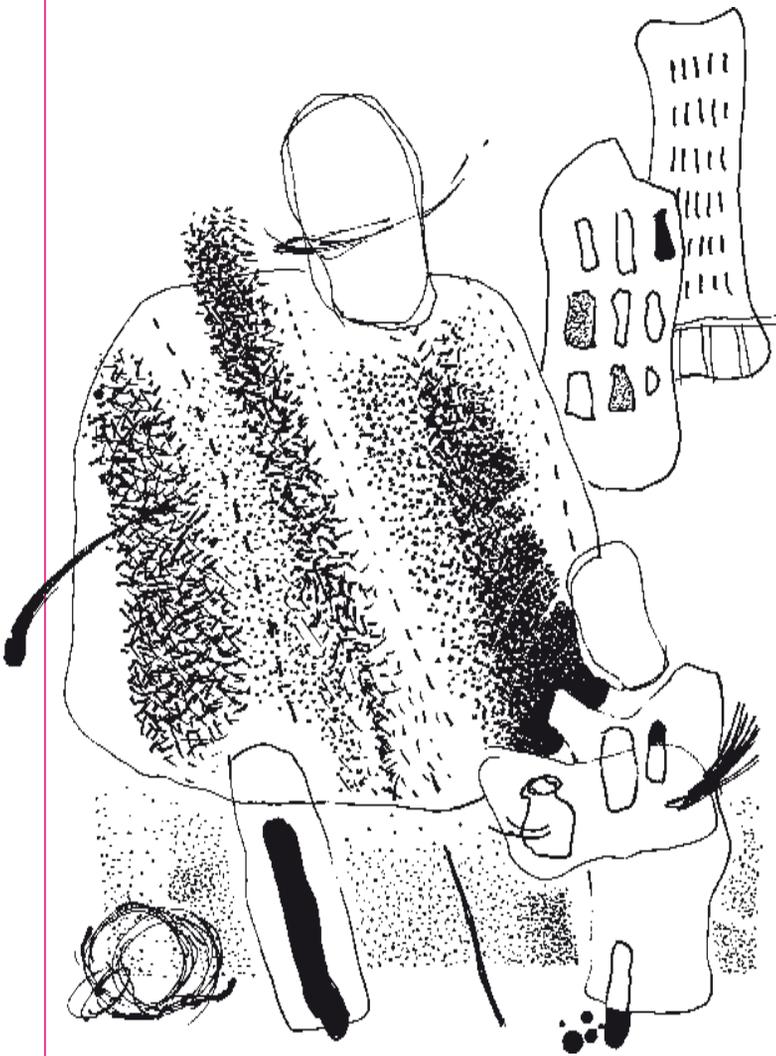
La diversidad como ventaja

En tiempos antiguos [...] la diversidad cultural era vista como ventaja. Las sociedades andinas en particular han dado mucha énfasis al manejo de la diversidad. Esto fue cierto en el caso de los cultivos: a diferencia de otras grandes civilizaciones, la civilización andina tuvo la peculiaridad de *desarrollarse como civilización agraria sobre la base de una gran cantidad de productos*. Grupos étnicos obligados a convivir en espacios limitados desarrollaron también *muchos recursos culturales para manejar sus conflictos*.

En el mundo moderno globalizado, la homogeneización está a la orden del día, pero, simultáneamente, está mostrando sus límites. Por ello, la diversidad vuelve a considerarse ventajosa en muchos aspectos. Aparecen entonces posibilidades de nuevas convergencias entre lo más avanzado de la ciencia y la tecnología moderna y el universo de conocimientos de sociedades que han mantenido su deseo de ser diversas. Los ecologistas redescubren hoy la sabiduría de antiguas tradiciones y los antropólogos llamamos la atención sobre el potencial muchas veces ignorado que se encuentra en ellas, no para preservarlas como objetos de museo, sino



³ Extraído de: Ansión Juan, "La interculturalidad, reto de nuestros tiempos", Cuestión de Estado, N° 22, Lima, 1998.



para aprender de ellas sobre el manejo de la diversidad que necesitamos con tanta urgencia.

La urgencia de desarrollar la diversidad

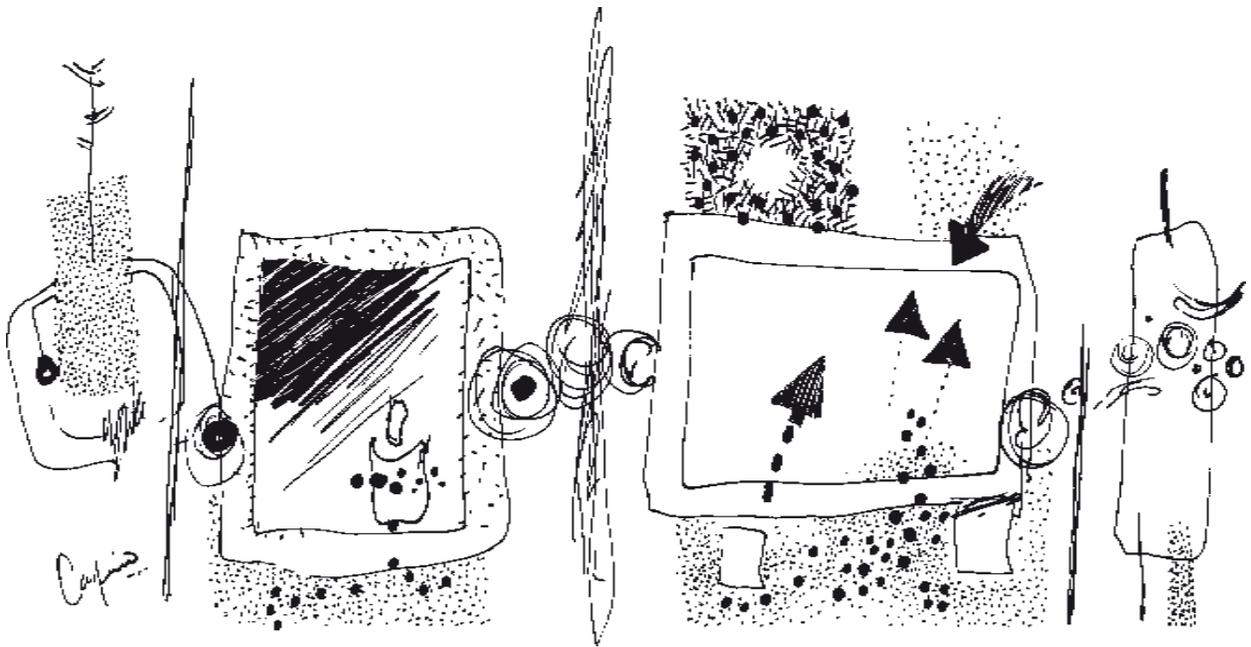
Para quien quiera verlo fríamente y al margen de intereses políticos subalternos, está cada vez más claro que está en peligro nuestra supervivencia como especie. Frente a ello, no podemos volver hacia atrás, hacia tradiciones supuestamente "rescatadas" y más bien reinventadas en forma más o menos coherente (¿sobre qué bases, además? ¿cuál momento debe ser rescatado si todas las tradiciones han evolucionado en el tiempo?). Y al mismo tiempo necesitamos ser creativos y abandonar de verdad la vieja idea de un progreso unilineal vinculada al proceso histórico de la industrialización homogeneizante. Nos urge desarrollar la diversidad en varios sentidos.

Primero, así como nos preocupamos por preservar las especies animales en peligro, así también debemos preocuparnos por salvar aquellas formas de vida y de pensar de los humanos que en la actualidad tal vez no entendemos, o de las que no creemos poder aprender algo, pero que algún día pueden volver a enseñar a la humanidad cómo retomar algunos caminos importantes que hemos abandonado (por tener bases teóricas distintas, la acupuntura difícilmente habría aparecido dentro de la medicina occidental; tal vez algún día entendamos también mejor qué sucede con la "pasada del cuy" en los andes... y mientras tanto, muchos se curan con ese medio).

La cultura andina

El aprender a respetar y manejar la diversidad nos entronca también con la gran vertiente cultural andina. De ella podemos aprender cómo transformar en ventaja una aparente desventaja. La "revolución verde" ha mostrado hace mucho sus límites. El manejo racional de los pisos ecológicos en los andes, o el uso sabio de los recursos del bosque amazónico no pueden considerarse meros recursos particulares de culturas subordinadas: son recursos potenciales de toda la humanidad que deben ser desarrollados. Ante la falsa disyuntiva que a veces se expone, entre lo universal (asimilado a lo "occidental") y lo particular (confundido con todo lo demás), constatamos más bien que la acumulación de conocimiento y de saber por los humanos es mucho menos unilineal. Si algo podemos considerar universal será el resultado siempre provisional del cúmulo de las múltiples experiencias humanas, en cuanto más diversas mejor. Experiencias muy pequeñas y muy particulares (como las de algunos pueblos de nuestra Amazonía) se vuelven así un recurso de valor incalculable para todos nosotros, así las miremos sólo desde el punto de vista de nuestro propio interés de (ya no tan) largo plazo.

El manejo de la diversidad en los andes, además, no se ha limitado a la producción. Las sociedades andinas han puesto también mucho énfasis en el manejo de la diversidad social. La gran riqueza artística que encontramos en los andes, especialmente en la danza y la música, resulta en



gran medida de la atención predilecta de estas sociedades por crear espacios sociales de encuentros donde se afirmen identidades y diferencias. La belleza para los andinos, como lo mostró admirablemente Verónica Cereceda, resulta de unir lo que se mantiene diverso. ¿Y no es acaso también ese uno de los grandes retos del mundo globalizado de hoy: unir lo diverso sin homogeneizarlo? El camino tan ansiado de la paz pasa ciertamente por ahí.

No cabe duda de que las soluciones encontradas por los andinos no son aplicables de manera directa a otras sociedades. Tampoco lo son fácilmente a la propia realidad social peruana. Pero podrían ser un excelente punto de partida para nosotros y un recurso muy valioso para entrar en pie de igualdad en el diálogo mundial. Podrían ser parte de un nuevo y moderno mito movilizador para nuestra juventud desconcertada y sin objetivos. Forjar nuevas identidades desde el descubrimiento de que antiguas formas de conocimiento y de sabiduría pueden dar un vigor nuevo y decisivo a una modernidad encerrada en una calle sin salida y de un solo sentido. Abrir nuevas pistas y calles de doble y múltiple sentido y volver a dar sentido a la idea constitutiva de la modernidad de que es posible construir un mundo en el que nos relacionemos de modo razonable.

El diálogo intercultural

Para avanzar en este camino, existen hoy en día grandes posibilidades. El concepto de interculturalidad es acaso el que mejor resume la idea de una diversidad vivida en un diálogo que logra potenciar a cada uno desde sus diferencias. Nacido de la Educación Bilingüe para pueblos indígenas, el concepto busca ahora abrir un diálogo de múltiple sentido. Ya no concierne solo a quienes, por su marginación de la lengua dominante, tienen conciencia desde hace mucho de la necesidad de moverse entre varias lenguas y culturas. La interpelación es ahora para todos, ya no porque habría que ser comprensivo y generoso con aquellos que "todavía son atrasados", que "todavía no hablan castellano", sino por la conciencia de que todos nuestros destinos están entrelazados, de que no tenemos futuro si no aprendemos de veras a respetarnos y a aprender unos de otros.

El siglo XXI será sin duda el del manejo de la diversidad, para el que el diálogo intercultural será un método central. El recoger de las antiguas tradiciones andinas el espíritu del manejo de la diversidad no es ninguna preservación de museo, sino aporte positivo de elementos claves para la cultura universal del mundo plural que se viene construyendo ■